

Homenaje a *Antología cercada* en el INEM Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria, viernes, 21 de mayo de 1982.

De derecha a izquierda: José María Millares, Ventura Doreste, Pedro Lezcano, Agustín Millares, Sebastián de la Nuez y Nicolás Guerra.

En el fondo se lee: "A Ángel Johan, en el recuerdo".

(Fotografía del profesor Saavedra López).



CUENTA NICOLÁS GUERRA AGUIAR, EN LA REEDICIÓN, 65 años después, de *Antología cercada*, que uno de aquellos poetas canarios, Ventura Doreste, lo recibió un día en su casa de La Laguna y le refirió esta historia que el editor de la más famosa antología de la poesía social de las islas cuenta así:

“Un día fui a su casa, quería enseñarme material que guardaba. Cuando me senté en la salita me dijo que estaba estrenando sofá, pues el anterior lo había quitado. Como no me aclaró más, prudentemente permanecí en silencio. Luego añadió con sonrisa extraña en él: ‘No estaba viejo, pero ya no podía conservarlo en casa. Hace unos días vinieron dos inspectores de la Social para interrogarme sobre actividades políticas de alguien de mi familia. Yo les dije que defender la libertad no es ningún delito. Y les añadí que una vez se fueran me desprendería de aquel sofá en el que se habían sentado’. Y añade Guerra Aguiar: “Así era don Ventura”.

Así eran aquellos poetas. *Antología cercada*, que ha salido de nuevo, publicada por las Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, recupera un espíritu que fue el de aquellos

hombres a los que la historia les fue esquivada y esquinala, que vivieron, gracias a la poesía, la resurrección de su espíritu ensombrecido por la guerra y la represión que sobrevivió a la guerra y mantuvieron su dignidad escribiendo, manifestándose a veces en silencio y en ocasiones con gestos en los que se mezclaba la burla íntima del represor con el surrealismo que habitaba en su cultura.

Es ahora una antología histórica, porque ha pasado mucho tiempo sobre ella; pero la lectura de estos poetas (el citado Ventura, José María y Agustín Millares Sall, Ángel Johan y Pedro Lezcano) revela la cantidad de actualidad que les quedan a sus versos, pues, como señala Jorge Rodríguez Padrón y recoge el editor, esa poesía social que practicaron no fue en absoluto tan solo la literatura de unos militantes, sino el resplandor de la época, transitado por el surrealismo que disponían en herencia y la voluntad de contar la realidad que provenía de su compromiso con la vida. Era, por decirlo con una frase que hace cuarenta años hizo fortuna hablando del teatro, poesía de protesta y paradoja, y también poesía íntima, de la intimidad que el hombre guarda para preservar su independencia, la voluntad de mantener intacto el sillón en el que se sientan él y su familia.

La poesía canaria, que en esa antología conoce un punto culminante, es un patrimonio ilustre del siglo XX; en una época en que la expresión multitudinaria estaba prohibida, para los periódicos, para la literatura, incluso para la canción, la metáfora era el único elemento que podía burlar a los censores. Y aunque éstos hurgaron, pusieron pleitos, amenazaron con cárcel y muchas veces causaron quebranto en la libertad de los intelectuales y de los escritores, los persiguieron con saña y también con burla, la poesía pudo más. Hasta bien entrado el siglo XX, y aún en época franquista, la poesía siguió siendo, en instituciones públicas, como la Universidad de La Laguna, en institutos de enseñanza media, en medios de comunicación, el instrumento del que se valieron los escritores canarios para comunicar su militancia social, su compromiso como ciuda-

danos y como poetas. En esta reedición, precedida de un amplio estudio del profesor Guerra Aguiar, se recogen momentos en que la herencia de *Antología cercada* siguió funcionando en lugares públicos, en homenajes de recordatorio, en celebraciones del patrimonio civil que constituyó aquella generación. Y es que era poesía incesante, no era el reflejo de un instante, era un panorama, una apuesta, una murada en la que cabía todo el horizonte.

De la lectura de los poemas que entonces constituyeron aquel breve volumen (32 páginas) se extraen ahora, lo hace Guerra Aguiar, lo hacen otros, las conclusiones literarias que explican la vigencia de aquella muestra literaria, pues en ningún caso (en ninguno de los casos) ahí ni los Millares, ni Doreste, ni Johan, ni Lezcano se limitan a exponer la rabia fieramente humana que les provocaba el instante que estaban viviendo, sino que se sirven también de su experiencia lírica de lectores para traspasar el ámbito de la preocupación civil y construir poemas de una enorme responsabilidad estética, de una belleza que trasciende el tiempo. “Detenido el clamor del agua en la ribera, / las heladas cinturas de unos ojos despiertan / los ríos de la tierra, desnudos hasta el mar”, escribe José María Millares Sall. Y su hermano Agustín, acaso el poeta más comprometido de la generación de los 50: “Si pregunto, no logro una respuesta. / Si levanto la voz, hallo el vacío. / De la exasperación llego a la cresta, / lamido por un mar de escalofrío”. Y, en fin, Lezcano: “Ciudadanos, seguid gallardamente / de pie sobre la acera, / y vestid a ese muerto de etiqueta”.

A lo largo de las décadas quisieron acallar sus voces, agitarles el miedo sobre sus cabezas, les hollaron sus sillones domésticos, quisieron sacarlos de sus casillas; y tuvieron hijos (también metafóricos), sembraron en aquel entonces una manera de ser de la poesía, y construyeron desde ese cimiento primerizo un vocabulario poético que hasta hoy murmura en la mejor de las literaturas isleñas, la poesía. Buena iniciativa del Cabildo grancanario, la resurrección de voces que entonces se abrían paso a dentelladas y que hoy regresan para decir, como escribió Bertolt Brecht, que

también se debe cantar en los tiempos oscuros. Bendito aquel sillón, benditos aquellos sillones en los que aquellos hombres quisieron sentarse desafiando a los que quisieron mancillarlos. El tiempo escucha sus versos todavía ahora.

[Reproducción del texto publicado en *La Provincia – Diario de Las Palmas* el 30 de diciembre de 2012 en la sección Gente y Culturas, pág. 69].



De izquierda a derecha:
Pedro Lezcano, Agustín
Millares, Ventura Doreste,
Ángel Johan, José María
Millares y el artista
Manolo Millares, autor
del dibujo de los poetas.